

la llanura de El-Mader, y llegué, á las siete y media de la tarde, al molino de Chemora, abrumado por la fatiga y el calor.

Descansé sosegadamente durante la primera noche, y al día siguiente comencé el reconocimiento.

Entre la punta este del Bou-Arif y el Djemel-Touara se desarrolla, de norte á sur, una vasta llanura, cruzada en toda su longitud por el Oued-Chemora, río de orillas escarpadas y curso accidentado, que toma su origen en el Aurés, y desemboca en el lago D'Gendly.

El Oued-Chemora suele llevar mezclados en sus aguas una prodigiosa cantidad de detritus de animales y vegetales, que dan á la llanura que baña una gran fertilidad. El tamarindo, arbusto espeso y que ya crece naturalmente de un modo lujurioso, ha formado en aquellos sitios una espesura impenetrable, que cubre por lo menos una extensión de ocho kilómetros de terreno.

Comencé mis pesquisas por aquella espesura, pues la experiencia me ha enseñado que en la época de los grandes calores los leones hacen allí su morada favorita, que abandonan, para dirigirse de nuevo hacia las montañas, cuando empiezan las lluvias de otoño.

No tardé en hallar huellas de felinos, junto á otras más pequeñas, que atribuí á dos leones seguidos de cachorros. Las huellas eran frescas, y sólo faltaba sacar partido de semejantes indicios.

El *caid* me proporcionó una mula, y yo tenía ya un caballo.

Até sólidamente la mula en medio de un gran claro, y el caballo cerca de un escondrijo de verdura, sitio señalado para ponerme en acecho, situado á unos trescientos metros al oeste de la orilla izquierda del río.

Á las seis de la tarde, oculto ya, oí los rugidos de los leones á un kilómetro en dirección á los aduares vecinos. Alborotaron los ecos los gritos tumultuosos de los árabes, los chillidos de sus mujeres y los ladridos de los perros. Acogidos los huéspedes de las selvas con tanto estrépito, se retiraron, y la calma se restableció.

Serían las nueve de la noche, cuando se oyeron terribles rugidos en dirección al oeste.

Media hora más tarde, los gemidos de la pobre mula, y un gran ruido y algazara, me anunció que la piara de leones se entregaba al festín.

Ardía en deseos de ir al encuentro de mis enemigos. La luna llena y el cielo puro y sereno hubieran sido para mí poderosos auxiliares; pero el camino se hallaba cruzado de tales obstáculos, que juzgué más prudente estar quedo en mi sitio.

Al día siguiente á las seis, al despuntar el día, vi que los felinos habían devorado las tres cuartas partes de la mula.

Por la noche volví al bosque; pero esta vez me aposté sólo á unos siete pasos del sitio donde se hallaban los restos del pobre animal que me servía de cebo.

Reinaba una calma profunda; no se percibía el más ligero soplo de brisa y la atmósfera estaba saturada de emanaciones tórridas, propias de una temperatura de fuego; nubes de mosquitos zumbaban á mis oídos, y señalaban mi cuerpo con sus agujijones, siendo todo indicio de que se aproximaba una tempestad.

No tardó en sombrearse el horizonte sobre el pico de Djebel-Toumheite, cerca de Medracen; y una nube gigantesca se destacó, corriendo rápida al encuentro de otra no menos formidable. Oyóse una detonación horrible, que hizo retemblar el suelo, y anunció el choque de los dos gigantes, abriéndose entonces las cataratas del cielo, cayendo torrentes de agua y de granizo. Las nubes, impulsadas por el viento, corrían veloces como caballos á la carrera hacia el nacimiento del riachuelo, que engrosaba por momentos, amenazando una terrible y brusca inundación.

En 1859, había sido también testigo de una violenta tempestad; y, envuelto por una inundación súbita, estuve á punto de ser arrastrado por las corrientes; así es, pues, que no ignoraba el peligro que me amenazaba.

Permanecí inmóvil en mi escondrijo, teniendo exquisito cuidado de evitar que las armas se mojasen. Por fortuna, las terribles tempestades no suelen ser de larga duración, y á las nueve y media había cesado el huracán y la lluvia, las nubes se habían dispersado, y la Luna mostraba de nuevo, en el firmamento, su disco luminoso.

Á las diez y cuarto, oí rugidos que salían, por intervalos desiguales, del bosque de tamarindos, y después otros que procedían de la punta noroeste de Djebel-Touara. Tres cuartos de hora más tarde pude convenirme que los leones distaban de mi emboscada un kilómetro, y que se acercaban rugiendo estruendosamente.

Fácil es imaginar la tortura que experimentaba al tener que permanecer inmóvil en medio de la nube de mosquitos que me asediaba; así es que esperaba anheloso á los huéspedes de las selvas, que me obligaban á tan forzada posición.

Por fin, sería la media noche; aparecieron dos leones, acercándose cautelosamente y mirando á todos lados, y asegurándose de que nada turbaría su festín.



Un magnífico león del Atlas cazado por Gérard

Á pesar de que la Luna se hallaba, en aquel instante, algo velada, distinguí á maravilla una masa sombría, y casi informe, que se acercaba, arrastrándose, hasta llegar junto á los restos del mulo, empezando á satisfacer su voracidad.

La nube que cubría la Luna pasó, y la espléndida luz del astro nocturno alumbrió á una soberbia leona de raza cruzada de colores negro y leonado, acurrucada junto á los restos del cebo. Pude escoger á mi sabor el sitio del felino donde quería alojar la bala, esto es, el flanco derecho, y disparé.

La leona, herida, dió algunos saltos, y cayó á unos cincuenta pasos. Lanzó un grito prolongado, haciendo desesperados esfuerzos para incorporarse, luchando algunos instantes con la muerte, y cayó para no volverse á levantar, exhalando un prolongado suspiro de agonía.

Entre el último aliento de la fiera y mi disparo había mediado un intervalo, á lo sumo, de veinte minutos; la bala explosible había herido á la leona como el rayo.

Esperando alcanzar una segunda victoria, volví á cargar el fusil, y permanecí en guardia durante el resto de la noche, sufriendo el hediondo olor de las miasmas pútridas que exhalaban los detritus que habían arrasado las aguas.

Fué mi *aguardo* en balde, pues no experimenté otra sorpresa que el roce de una culebra que pasó por mis rodillas, lo que me produjo una sensación desagradable, pues los reptiles me inspiran gran repulsión.

El 27, á las siete de la mañana, los árabes acudieron en tropel para conocer el resultado del disparo que habían oído. Di orden á los árabes de que no me siguieran.

Los rastros de sangre de la leona me guiaron en breves instantes junto á su cadáver, tendido sobre el fianco izquierdo, y completamente inerte.

Llamé á los árabes, que comenzaron á dar vueltas, y á saltar alrededor del cuerpo de la fiera, lanzándole toda suerte de injurias.

El *Caid* me envió un jumento, sobre el que cargué la leona que conduje á Bordj primero, y después á Batna, rogando á M. Barthelet, veterinario del 3.º *spahis*, que hiciese la autopsia, á fin de cerciorarme y hacer constar los efectos de la bala explosible que había empleado por vez primera.

Hé aquí el proceso verbal de autopsia.

«Mi querido Chassaing:

«Accediendo á vuestro ruego, he procedido esta mañana á hacer la autopsia á una soberbia leona, muerta por vos por medio de una bala explosible Dévisme.

»La bala ha tocado al tercio posterior de la cavidad torácica del lado derecho, y en medio de lo alto del tórax, abriendo en la piel un agujero circular de la dimensión de una pieza de dos francos; de allí ha caído sobre la octava costilla, que ha fracturado por la mitad. La fractura es clara, idéntica á la producida por una bala ordinaria.

»La bala ha llegado á la cavidad torácica, al nivel de la separación de los dos lóbulos pulmonares, y allí ha tenido lugar la explosión, y lo prueba los destrozos causados. Notase el *mediatim* completamente destruido, y que los dos lóbulos pulmonares, desde su bifurcación hasta á unos tres centímetros de su terminación, en una extensión periférica que puede medir un diámetro de cerca siete ú ocho centímetros, están aplastados; en una palabra: la desorganización es completa, y los detritus de color negruzco no dejan trazas de las divisiones bronquiales.

»He hallado en el centro de este desorden varios fragmentos de los retazos de plomo que encerraba el proyectil; en las costillas del lado izquierdo he encontrado igualmente trozos de bala, algunos habiendo atravesado los intercostales, y otros alojándose en las séptima y octava costillas.

»He observado, demás, cauatro agujeros; uno, el más grande, descubre la novena costilla, rota, sin duda, por la parte inferior de la bala, que no he hallado en el cadáver. Otro agujero se halla sobre el intercostal.

»Muy cerca de los dos agujeros se hallan otros dos que han dado paso á fragmentos del proyectil.

»El corazón no ha sido lesionado; la bala ha tocado más atrás. El diafragma se halla intacto; ningún pedazo del proyectil, ni de su contenido, han penetrado en la cavidad abdominal, en la que sólo he notado el estado de plenitud de la matriz, que encerraba dos fetos, uno macho y otro hembra. Su desarrollo y pelaje naciente me hacen creer que sólo les faltaba quince días para ver la luz.

»Creo, mi querido Chassaing, que podéis atribuir el éxito de la caza de la leona á la bala explosiva, pues una ordinaria habría atravesado sólo el pulmón por el centro, lo que por cierto no habría privado á la fiera de las delicias de la maternidad.

»Os envío un saludo amistoso, haciendo votos para que halléis muchos leones, pero armado de carabina con bala explosiva.

»Firmado.

»BARTELET, 3.º *spahis* (1).»

(1) *Ma première balle explosible.*—I. Chassaing.—*Mes chasses au lion.*—Preface du commandant P. Garnier; deuxième édition.

En 1861 Chassaing alcanzó su vigésima quinta victoria sobre una leona enorme, que una bala ordinaria habría sólo herido, exponiendo á Chassaing á gravísimos peligros; pero que una bala explosiva había dejado muerta instantáneamente.

«El autor de este libro también ha asistido á algunas cacerías de leones en el territorio argelino.

Á despecho de las opiniones de algunos cazadores, que se afanan en pintar al león como un animal poco temible, sostengo y afirmo que su caza es muy peligrosa.

Los que no hayan pisado el suelo africano, pero que tengan sólo buen sentido, pueden fácilmente comprender el peligro que entraña hallar un león en la soledad de las selvas, cuando el felino, aprisionado en los jardines zoológicos, bien alimentado, pero débil por la nostalgia de los países tórridos, ocasiona, al menor descuido, desgracias sin cuento á sus custodios.

La estadística demuestra que la mayor parte de domadores que viajan por el mundo con leones escualidos son un día ú otro víctimas de las fieras.

Claro está que, entre las exageraciones de la fábula y de los viajeros y exploradores que describieron con terribles colores la ferocidad y fuerza del león, existe, como en casi todo lo del mundo, un término medio razonable, que es la realidad.

Varias veces he oído rugir al león en el corazón de las selvas, cada vez he sentido honda emoción. La soledad de la noche en las selvas africanas tiene notas melancólicas y sublimes, que infunden pavor á las almas mejor templadas. Aquella naturaleza abrupta, cortada por inmensos barrancos, que en las noches oscuras parecen insondables abismos; aquellas colinas, rugosidades sin fin de la costra terrestre, vanguardia de

los altísimos montes cuyas cimas se confunden con las bóvedas del cielo; aquellos bosques de encinas, cedros y palmeras, y grupos de tamarindos y cactus, que en variadas especies forman la flora africana, y que du-



Flora africana

rante el día ofrecen toda suerte de cambiantes, y son por la noche negros fantasmas para la imaginación ca-

lenturienta; todo esto, unido á los extraños rumores del desierto, los aullidos de los chacales, el grito de los cuclillos y el rugir de los leones, infunde un miedo que no se confiesa, pero que deja profunda huella en el alma.

Sólo una gran energía de carácter, un espíritu de fortísimo temple, pueden domeñar tales impresiones, é impulsar al cazador á ir solo en busca del león, escondido en las fragosidades de las selvas.

El cazador europeo, por punto general, caza con los árabes en numerosa compañía, y hace bien.

No hace muchos años, en 1882, me hallaba en el Aurés, albergado en una tribu árabe, y bajo la égida del *Caid*. Éramos sólo tres europeos: el barón C..., mi criado y yo.

El jefe árabe nos proporcionó el placer de asistir á una expedición venatoria, ofreciendo la vistosa comitiva un golpe de vista espléndido al desfilarse por las gargantas del Aurés. Los jefes y gente principal iban á caballo, y el resto á pie.

Un pintor hubiera hallado asunto para un precioso cuadro al contemplar como caracoleaban y se movían aquellos caballos de remos finos y sedosos, negros como la mora y vivos como ardillas.

Dos leones y varios cachorros correteaban por el bosque, cerca de los aduares árabes, ocasionando serios destrozos en el ganado. Se había organizado una ba-